

·PRÓLOGO·

LIRIOS NEGROS

«MISA NEGRA. TÚ DIOS. SÁDICO TEMA:
MUJER ESBELTA Y BLANCA EN EL SUPPLICIO.
OBSCENO CRUCIFIJO, CRUZ BLASFEMA.»
SACRIFICIO BLASFEMO, JOSÉ ALCALÁ ZAMORA.

*/Roma, Via Giulia,
Iglesia de Santa María de la Oración y de la Muerte.
1 de noviembre de 2011/*

Angélica Marforio paró un momento delante de la fuente cubierta de hiedra y sumergió su mano dentro del agua helada que manaba de la boca abierta del «mascherone». Le fascinaba contemplar los ojos de pórvido de aquel ser medieval que la miraba sin verla, eternamente congelado en su destino de aguador en la fuente de via Giulia. Angélica notó el frío del agua en la muñeca y sintió un escalofrío. Luego se la pasó por la frente. Estaba sofocada de andar tan rápido. Desde el convento de las Oblatas de Santa Francisca Romana hasta la iglesia eran veinte minutos andando a buen paso, y el calor había conseguido sofocarla. El calor y los pesados hábitos blancos de novicia a los que no era capaz de acostumbrarse. Un largo velo blanco tapaba sus largos cabellos rubios que aún no había cortado la tijera. Lo haría cuando entrase en clausura, tres meses después.

Era día de Todos los Santos. La tarde había refrescado y amenazaba tormenta. El sol había lucido espléndido durante casi toda la jornada, pero el cambiante otoño romano llenó el cielo de nubes oscuras y espesas que lanzaban sus sombrías bendiciones sobre Angélica. Nada más salir del convento lamentó no haber cogido un paraguas. Pero ya era tarde para lamentaciones, propias de su vida anterior. Ahora cualquier contratiempo vano sería dedicado a fortalecer su alma, no a alimentar su ego. Angélica

no pudo evitar pensar un fugaz instante en su hermano, el todopoderoso Alessandro. Hacía dos días que se había plantado delante del convento para exigir su «liberación». ¿Qué sabía él de vocaciones o del amor a Jesús? Alessandro solo pensaba en sus negocios y en amasar más y más dinero... Desde la muerte de su padre, él manejaba la fortuna familiar con mano de hierro, y nunca había aprobado que su hermana pequeña tuviese una férrea vocación de tomar los hábitos. Ella ya tenía veintidós años y había vivido lo suficiente como para saber al fin que Dios la había llamado. Había dudado mucho los últimos meses. Para ella reconocer su vocación fue una especie de calvario, agravado por sentimientos que la confundían por completo. Aquellos sentimientos que tendrían que acabar el día de Todos los Santos, sepultados en la cripta más honda, y cementados con la argamasa más dura.

Caminó unos metros embebida en sus cavilaciones. Cuando se dio cuenta, estaba ya delante de la puerta de la iglesia. Las calaveras aladas que guardaban la puerta la saludaron desde lo alto con sus vacíos ojos y sus cráneos laureados, amedrentándola, como hacían siempre que entraba en aquel lugar sombrío.

Abrió la puerta, que chirrió levemente. Hasta que se acostumbró a la oscuridad, Angélica no pudo ver el recargado interior de la iglesia, envuelto en la penumbra. Solamente unas lámparas doradas y las velas encendidas iluminaban la crucifixión tras el altar. Entró con cautela, sus pasos apenas sonaron en el suelo de mármol.

La iglesia estaba vacía. Caminó hasta el centro, mirando a su alrededor. Había quedado con alguien, pero no parecía haber llegado. Avanzó un poco más, acercándose al altar mayor. Aquel lugar era muy hermoso, pero a la vez transmitía una sensación dramática, macabra. Bajo la nave, se hallaba una cripta que guardaba los huesos de los muertos anónimos encontrados en el río Tíber, que discurría justo al lado. Angélica había leído que en sus tiempos llegó a albergar más de ocho mil cadáveres, aunque la reforma hizo que la mayoría fuesen trasladados. Ella nunca había querido

bajar allí. Los esqueletos, las criptas y los *memento mori* que tanto abundaban en Roma le producían un miedo cerval.

Aspiró el aroma a incienso con placer. Un rubicundo arcángel San Miguel la llamó desde su marco, dispuesto a encadenar al diablo entre llamas. Pudo reconocerlo como copia del Guido Reni de la iglesia de los Capuchinos. Sonrió levemente: sin duda San Miguel era todavía más bello y terrible que el joven rubio de aquella pintura en la que el ser alado vencía al Maligno y lo sometía con cadenas, arrojándolo fuera del Cielo y de la gracia divina.

Los repentinos acordes del órgano atronaron la nave, la llenaron de notas poderosas y sobresaltaron a Angélica, que se llevó la mano a la boca. Reconoció la «Aparición de la iglesia eterna» de Messiaen casi al momento y se calmó al recordar que el padre Bruno había sido también organista de su iglesia en Génova, antes de que lo destinasen al Vaticano. Era él, entonces. Sintió todo el peso de la culpa sobre sus frágiles hombros mientras la imponente música ascendía hacia los cielos en un crescendo infinito. Las notas cesaron de repente, sus ecos resonaron en las elegantes curvas de la iglesia con un deje monacal. Pronto escuchó unos pasos en la sacristía.

Se sentó en el banco delantero, con el corazón encogido por la angustia y sacó el rosario del amplio bolsillo. No sabía cómo iba a tomarse Bruno su inminente entrada en el convento. Durante la semana anterior había conseguido evitarlo, pero había llegado la hora de la verdad. La hora de decirle que había tomado una decisión inquebrantable, y que nada ni nadie en el mundo iba a poder convencerla de lo contrario. Bruno había confiado en que Angélica se daría cuenta de que la vida monacal era demasiado dura para la hija de un magnate de la industria de la moda y el cuero italianos, pero a ella entrar en el convento le abrió los ojos de manera definitiva. Eso y la confesión a fondo que tuvo con un anciano cura lleno de sabiduría que la había aconsejado en sus momentos de duda. Él la había ayudado a encontrar el camino, así como a liberarse de sus terribles pecados, pecados mortales que ella había

considerado imperdonables y que ponía siempre como disculpa para llegar a la clausura. Pero ¿cómo Jesús, en su infinita bondad, podía considerar el amor que le profesaba como un pecado mortal?

* * *

El padre Bruno Barberini salió de la sacristía y la vio, allí sentada, vestida de blanco. Su piel nívea, veneciana, sus ojos azules como cuentas de lapislázuli. Era como ser testigo de una aparición, una santa iluminada por la gracia divina. El hábito de novicia la convertía en una humilde Santa Inés, de belleza inexpugnable, y al presentir el futuro, notó como si un hierro al rojo calcinase su pecho. Se apoyó en la puerta unos instantes, para sobreponerse. Ella dejó el rosario sobre el regazo. Sonrió con pena, o eso le pareció a Bruno, y se levantó para ir a su encuentro.

Miró el hábito blanco con expresión de culpa.

—Bruno... yo...

El padre Bruno negó con la cabeza con una expresión indefinida. Luego le hizo un gesto y después apuró hacia la salida, sacó unas gruesas llaves de la sotana y cerró la puerta de la iglesia. El sonido de la llave retumbó en el eco de la bóveda.

Volvió rápidamente al banco en que ella estaba y la agarró con ambas manos.

—Angélica, aún estás a tiempo de rectificar. Escúchame. Si entras en el convento no vamos a vernos más. Nunca más. ¿No te das cuenta? ¿No has escuchado todo lo que te he dicho durante estos meses? No hace falta que profeses para estar cerca de Dios. Tu naturaleza no va a permitirte estar mucho tiempo en clausura. Encerrada. Rodeada de mujeres amargadas, viejas, que no conocen nada del mundo, como tú... —Apretó con sus dedos, convertidos en tentáculos de hierro, la blanda carne de los brazos de Angélica, que intentó desasirse en vano—. No sabes cómo es la vida en un convento de monjas, Angélica, te ciega la devoción estúpida y desmesurada. Languidecerás allí dentro como un gorrion abandonado...

La fuerza de las manos del padre Bruno clavadas en ella

la asustaron. Pero más la asustó el brillo extraño e insondable de sus ojos negros. Lo miró con determinación y empezó a musitar:

—«Se elevaron entonces sobre mi cabeza las zarzas de mis pasiones, sin que hubiera mano que me las arrancara...».

—No vengas ahora con San Agustín, Angélica. —Bruno emitió un sonido de fastidio—. Sabes que te amo, no puedo vivir sin ti.

Angélica empezó a llorar en silencio. Luego volvió a repasar las cuentas de su rosario. Lo miró con las pestañas humedecidas por las lágrimas.

—He estado pensando mucho en lo nuestro, Bruno. No va a ninguna parte. Hemos renegado de nuestro Dios, Bruno. Hemos... Tú has renegado de tus votos, y yo de mi verdadero destino. No... No sé cómo puedes atreverte a dar misa después de lo que hemos hecho. Hemos sucumbido a una pasión carnal, y esto se ha de terminar, ¿no te das cuenta? El padre Clemente dice que...

Él la soltó. La taladró con los ojos inyectados en ira.

—El padre Clemente. ¿Quién es el padre Clemente? Te dije, te exigí que no dijeras nada a nadie... ¡Quedamos una y mil veces en que no dirías nada a nadie!

—¡No podía entrar en el convento sin confesión, Bruno! ¡Tuve que decirlo todo! ¿No te das cuenta? ¡Ya no estás en disposición de exigirme nada! ¡Estaba en pecado mortal! Tú estás en pecado mortal... ¡Lo peor es que no parece importarte! ¡Nada parece importarte, salvo tu lujuria!

—¡Tú me importas! ¡Eres lo más importante del mundo! ¡Te amo con todo mi corazón, Angélica! ¿Dónde ha quedado todo lo que nos prometimos? ¿No recuerdas aquel día en el ponte Mivio? —El tono desesperado de Bruno era cada vez más patente—. ¡Te juré amor eterno, tan eterno como el mismo cielo!

Ella lo miró con reprobación.

—¿Estás loco? Mírate. Eres despreciable, padre Bruno. Proclamando tu amor con la sotana puesta. ¿Por qué no renuncias a tu vocación, a tus votos, por mí? ¿Pretendes vivir todo el tiempo una mentira absurda? Claro... como

ahora estás residiendo en el Vaticano y estás muy bien considerado... ¿verdad? Solo piensas en trepar como una hiedra, Bruno. En trepar y en satisfacer ese deseo carnal que te puede...

Angélica se detuvo. Sabía que había ido demasiado lejos. Estaba siendo muy dura con él, cuyo único pecado al fin y al cabo era amarla, un error al que ella contribuyó cuando dejó que la poseyera una noche cálida del pasado verano. Pero sabía que no podía ceder, que su vida ya estaba trazada en el libro del Señor, y cuanto antes lo comprendiera Bruno, más fácil sería todo. Intentó suavizar la conversación, siguiendo también un instinto que la avisaba de que tuviera cuidado.

—Escúchame, Bruno. Perdóname. Esto no lo he dicho de corazón. Yo no soy mejor que tú, solo que he decidido ser fiel a mis sentimientos y a mi destino. Debes comprenderlo y aceptarlo: nuestra relación se ha terminado. De lo contrario, ¿estarías dispuesto a vivir una doble vida, mancillando la comunión, mintiendo a tus superiores y a los feligreses, y al mismísimo Jesucrist...?

Pero ese intento de apaciguamiento de la muchacha había sido en vano. El primer golpe llegó por sorpresa. Angélica se llevó la mano a la cara: su boca estaba sangrando profusamente y gruesas gotas cayeron sobre su hábito, tiñéndolo de rojo. Y entonces, el espíritu de lucha de Angélica, su condición de miembro de la familia Marforio que durante incontables generaciones había regido villas y comercios, cargos públicos y voluntades, estalló en su pecho:

—Eres un despreciable maltratador, Bruno. Nunca pensé... —Angélica se levantó, la ira la estaba ahogando hasta el punto de hacerla tartamudear—. Abre la puerta, Bruno. No quiero estar junto a ti ni un segundo más de mi vida. Abre la puerta ahora mismo, o cuando salga iré directamente a ver a tus amigos del Vaticano a contarle a todo el mundo que eres un cobarde que pega a las mujeres. Y tú sabes que a una Marforio la escucharán muy bien. Hundiré tu carrera. Te mandarán a una oscura parroquia en algún pueblo perdido lejos de Roma...

El padre Bruno se sintió invadido por algo brutal e inexplicable que subía por su pecho. Era como si todo su amor se estuviese convirtiendo primero en impotencia ante lo injusto, luego en cólera, ante aquella encarnación angelical que lo acusaba con su espada en llamas. Intentó calmarse, clavándose las uñas en las palmas de las manos. Serenó su voz.

—Te abriré la puerta si me dices quién te confesó, Angélica. ¿Quién? ¿A quién le contaste lo nuestro? ¿Quién es ese padre Clemente? Quiero saberlo. ¡Exijo saberlo!

—No te voy a decir nada que no te incumba. Pero no te preocupes por tu futuro brillante. El padre Clemente respeta el secreto de confesión. ¡No como tú, que no sabes ni siquiera respetarte a ti mismo!

Bruno no pudo más. Agarró su velo blanco y se lo quitó, dejando el rubio y largo cabello al descubierto. La sujetó con saña mientras tiraba del pelo y la cogía en volandas. Angélica gritó, pero él le tapó la boca con la mano, ahogándola. Pronto acabó la desigual lucha, Angélica no era enemigo para el sacerdote.

Su voz sonó a los oídos de la novicia como había imaginado de niña la voz del demonio.

—Ahora te voy a enseñar algo, Angélica. Algo que no vas a olvidar nunca.

* * *

La condujo a la cripta en brazos, atravesando un largo pasillo pobremente iluminado, lleno de tumbas antiguas, de calaveras y fémures, de húmeros, de vértebras cubiertas de polvo y cera. Ella se quejaba, medio desmayada. Notaba su cuerpo lánguido, cálido, entre sus brazos. Aspiró el aroma limpio de su largo cabello sedoso y rubio, que se enredaba en todas partes, como los tentáculos de un pulpo que intentara impedir su avance hacia las profundidades. Bajó las escaleras empinadas con cuidado.

Dos esqueletos de mármol incrustados en la cal custodiaban la puerta, riéndose de su martirio, ofreciendo el agua bendita y mostrándole la clepsidra con un gesto que

al padre Bruno se le antojó burlón. Otro esqueleto alado, grabado en la pared, le enseñó al pasar una leyenda: «Hodie mihi, cras tibi». Hoy yo, mañana tú.

Bruno dejó en el suelo ajedrezado de la cripta a su cautiva. Encendió las lámparas formadas de huesos humanos calcificados, blanquecinos. Luego, los enormes cirios que acompañaban la imponente cruz de calaveras sujeta al muro, que parecían reírse de él en la penumbra.

Arrancó el hábito de Angélica con la fuerza que le otorgaba un deseo irrefrenable. Luego la desnudó por completo dejando el espléndido cuerpo aristocrático a su vista. Era la primera vez que la veía desnuda en su plenitud. La vez que la poseyó fue casi a hurtadillas, ella un poco embriagada y en el interior de un coche. Se sintió enloquecer. La arrastró por los cabellos hasta el altar. En la pared, una cruz llameante de luces presidía la escena, flanqueada por esqueletos y guadañas oxidadas. Ató sus cabellos al comulgatorio de piedra que separaba el altar del resto del osario. Luego empezó a recorrer el cuerpo inerte con sus labios y sus manos, apretando los senos con dulzura, lamiendo el vientre y el suave vello que se escondía entre sus piernas. Le besó los ojos cerrados, la boca con fuerza, abriéndola para hacerse paso con la lengua. Luego, poseído por una pasión devastadora, la penetró, gritando y jadeando como un animal.

* * *

Los ojos azules de Angélica se abrieron por fin. Se dio cuenta de que estaba desnuda al notar el helado pavimento bajo su cuerpo. Notó un dolor insoportable en el vientre y entre las nalgas. Vio al padre Bruno arrodillado en el suelo, delante del altar, la cabeza gacha. Parecía rezar. Intentó levantar la cabeza, pero su cabello estaba sujeto con fuerza a la piedra. Llevó las manos hacia atrás y trató de liberarse, pero la voz amenazadora de su captor detuvo el gesto.
—No te muevas, Angélica.

Bruno se levantó y se colocó de pie delante de ella. Sus ojos brillaban, furibundos. Su rostro de estatua, que ha-

bía sido hermoso, transformado en una mueca, parecía a punto de descomponerse en una de las calaveras del osario. Angélica se orinó encima del pavor al ver que su mano agarraba una de las guadañas herrumbrosas, instalada junto a uno de los esqueletos, que pareció hacerle un guiño premonitorio del horror que la esperaba.

—Te dije que ibas a ser mía para siempre, Angélica. Mía. ¿Lo recuerdas? Te lo dije aquel día que colocamos en secreto el candado en el puente Mivio... Hoy lo has vuelto a ser. Te poseí mientras dormías. Tú no sentiste nada... Y hoy he de cumplirlo hasta el final. Vas a ser mía para siempre, porque no te compartiré con nadie. ¡Ni siquiera con Jesucristo crucificado...!

El padre Bruno levantó su mano y dijo, casi para sí mismo:

—«Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.»

Angélica mostró en sus ojos el profundo terror al contemplar cómo la guadaña subía y se mantenía en el aire durante unos segundos. Luego, la hoja descendió vertiginosa, y atravesó el corazón de la novicia, que dejó de latir en apenas un instante.

—Ahora ya eres santa, Angélica. Lirios negros acompañarán tu tumba.

El padre Bruno dejó caer la guadaña al suelo, la frente perlada de sudor, su cuerpo como si no le perteneciera. Cuando la sangre empezó a formar un charco bajo el cuerpo cada vez más pálido, se tiró de rodillas a su lado. Se hizo un ovillo y de sus ojos enrojecidos surgió un llanto sin fin.

Sus sollozos desgarrados no consiguieron traspasar las gruesas paredes de piedra de la cripta de la iglesia de Santa María de la Oración y de la Muerte.